

Colores de África

- Blanca Cano Capilla –

Alumna 4º de grado en enfermería.

*« Nos encontramos en el amanecer
de un siglo africano,
un siglo en el que África
ocupará su lugar legítimo
entre las naciones del mundo »*

Nelson Mandela.

Todo empezó con 18 años. Ante mí se presentaba la toma de una de las decisiones que más marca el rumbo de la vida de una persona. Debía elegir a qué quería dedicarme día a día en un futuro. Y lo tuve claro. Decidí ser enfermera. Aunque no lo tenía fácil, me resultaba tremendamente fascinante la aventura esa de cuidar a los demás.

Fue en mitad de mis años universitarios cuando en una clase de enfermería clínica, mi profesora nos mostró uno de sus viajes a la India y Camerún, su experiencia en las campañas de cirugía que allí se realizaban, las fotos que salían de esa pantalla parecían que venían de otro planeta. Su frase *“Seamos una gota de agua en el inmenso océano”* me llegó especialmente.

Siempre había soñado con ese momento. Ya graduada en enfermería, dedicaría toda mi vida a recorrer las profundidades del África subsahariana en busca de aventuras y de almas vulnerables que esperan ser ayudadas, atendidas y salvadas. Pero fue ese día y ese instante cuando algo despertó dentro de mí. Me di cuenta de que, a la hora de cumplir sueños, no hay tiempo que perder.

Cuando volví a casa de la universidad le dije a mi madre: *“Mamá, voy a cumplir mi sueño. Este verano me voy de voluntaria a África”*. Como era de esperar no me tomó en serio, pero su mirada no decía lo mismo que sus palabras. Me conocía muy bien y sabía que lo haría.

Empecé a buscar trabajos temporales, entre clases y prácticas, pues sabía que tendría que arreglármelas yo sola. Finalmente tras algo de esfuerzo y pese a los regañadientes de mis padres, aquella navidad compré mi billete y empecé a prepararlo todo. Cuando me quise dar cuenta me hallaba en el aeropuerto de Dakar (Senegal), había dejado en mi casa una carta pidiéndoles perdón por la locura y les pedía que no se preocuparan.

Era un caluroso día del mes de julio, me presenté como estudiante de enfermería voluntaria, dispuesta a colaborar en todo lo que pudiera en la asociación "*La maison des enfants d'Awa*". Tan sólo disponía de una maleta llena de tiritas, gasas, betadine y mucha ilusión.

Se trataba de una escuela que atiende a niños de 3 a 6 años con el fin de ayudarles en su etapa preescolar y prepararles para que su acceso a la escuela sea segura y garantizada. También disponíamos de una enfermería que se convertiría en mi lugar más concurrido.

Todo lo que vi, lo que observé, todo lo que me enseñaron, no sé si llegaré, algún día, a encontrar las palabras para poder explicarlo. De momento me sumerjo a contar una de las experiencias que más me marcó en ese viaje inolvidable.

En el pueblo de Diofior, adentrado a 150 km de Dakar, se encontraban los colores más impresionantes que he visto en mi vida. Las telas de los vestidos de las mujeres africanas se mezclaban con sus oscuras pieles, sus dientes blancos, el naranja del cielo y el amarillo de la tierra. Alrededor de ellas las miradas de los niños me suplicaban atención. Se acercaban a mí, me enseñaban sus heridas como locos, deseosos de que la chica que cura las "*bobos*" les atendiese y de paso, poder tocar mi piel blanca y mi pelo clarito y liso, como si de una ilusión óptica se tratara. Maravillados por el simple hecho de ser completamente diferente a ellos.

Los más pequeños, a veces reacios a que la chica de piel blanca se acercara a ellos, me daban la bienvenida entre gritos y lloros. Era la primera vez que veían a un ser de esas características

y en África corre el rumor que los blancos se comen a los niños negros si se portan mal. Estábamos apañados.

Entre colores y más llantos, en una aldea que visitamos el primer día, un grupo de niños, de aproximadamente cinco años, jugaban al fútbol con piedras, se subían a los árboles o simplemente corrían sin rumbo ni sentido de un lado para otro. Tras las casas de barro y paja estaban jugando con latas de bebidas el pequeño Babacar, Amath e Ibrahima. Eran alumnos de la escuela y se acercaron a saludar llenos de alegría.

Todos los demás niños venían corriendo y justo al llegar a nosotros retrocedían huyendo, con una mezcla de miedo, curiosidad y júbilo. Me apetecía jugar con ellos y creo que tenía el truco perfecto para atraerles. Saqué mi mejor aliado: un botecito que hace pompas de jabón. Poco a poco se iban acercando absolutamente cada niño que se encontraba en los alrededores, allí se armó un jaleo brutal. Sólo se oían risas, gritos y todos se pegaban unos a otros por conseguir tocar la mayor cantidad de pompas posibles. Entre tanto alboroto me fijé en los ojos de un niño que nos miraba desde lejos. Se llamaba Omar.

Omar tenía una conjuntivitis tropical muy usual en esos países. Veía que intentaba abrir los ojos y mirar para arriba pero al cabo de segundos tenía que bajar la mirada. Era repetido el lagrimeo continuo, se rascaba los ojos con las manos y sus ojos amarillentos me transmitían tristeza. Me acerqué a él y en menos de tres segundos se fue corriendo hacia su madre. Con mucho esfuerzo por llegar a comunicarnos le pedí a la madre que se pasaran al día siguiente por el centro donde teníamos la enfermería para echarle un vistazo y poder curarle.

La doctora y yo en la enfermería nos encargábamos de ver a todas las personas del pueblo que se acercaban, a veces necesitábamos cerrar las puertas antes de tiempo por el colapso de gente. A la mañana siguiente Omar y su madre vinieron como planeamos y les hice pasar.

El pequeño estaba realmente muerto de miedo, sus ojos estaban peor que ayer. Cursaban enrojecimiento, fotofobia, lagrimeo, legañas y poseía algunos ganglios de su cuerpo inflamados. Tan solo fue coger a Omar en brazos y salió corriendo de la enfermería... Su madre le trajo, le intentamos parar y que se tranquilizase pero aquello resultó ser misión imposible. Pataleaba muerto de miedo, gritaba y lloraba. La mamá, desesperada, nos pidió perdón y se marcharon.

Pensé que lo más seguro regresarían otra vez al día siguiente. Pero al cabo de dos días vi que eso no pasaba. Tuve la idea de ser yo quien se acercase a su casa e intentar hablar con él. Quizás en su entorno se sentiría más seguro. Así que otra voluntaria y yo no pusimos manos a la obra, cogí lo que podría ser necesario y me acordé de llevar un balón para el resto de los niños.

Al llegar Omar estaba sentado solo, jugando con un palo dibujando formas en la tierra, me vio y salió corriendo. La cosa iba a ser más difícil de lo que creía. El resto de niños se acercaron a saludarnos como de costumbre, y cuando les di el balón me miraron tan orgullosos que pensé que se iban a poner a llorar de la emoción. Mi compañera les llevó piruletas y ellos se encargaron de partirlas para que ningún niño se quedase sin un trozo, gesto que me llamó especialmente la atención, pues había de sobra para todos, pero la primera reacción inmediata siempre era compartir.

Saludé a la mamá de Omar y le expliqué lo que teníamos que hacer. Era necesario limpiar esos ojos con abundante suero y gasas, y más tarde intentaríamos con una pomada antibiótica.

Omar lloraba, pataleaba, gritaba, escupía... entre cuatro personas le intentábamos sujetar y pude limpiarle los ojos una vez. Decidí parar, por hoy había sido suficiente, le dejé un cuaderno y unos lápices como recompensa. Pero no se inmutó.

Los días siguientes en la enfermería acudían cada vez más personas de todos los rincones del pueblo, plagados de heridas, dermatitis, deshidratados, malnutridos, hambrientos. Era un esfuerzo mental constante. En mi cabeza cientos de dilemas morales inundaban mis pensamientos. ¿Por qué existe esto? ¿Cómo no pueden tener cubiertas unas necesidades tan básicas como es el agua potable y una alimentación? Hacíamos lo que podíamos pero todos los voluntarios sabíamos que no iba a ser suficiente, que nosotros al cabo de unos días regresaríamos a nuestras casas. Y allí todo se quedaría igual...

La semana siguiente decidí volver a ver a Omar, esta vez llevaba la pomada que curaría su conjuntivitis y para mi sorpresa le encontré haciendo un dibujo. Nada más verme huyó como de costumbre. La madre me había preparado un mango recién cortado. Un auténtico manjar. Por el camino me había encontrado a una chica de aproximadamente catorce años que hablaba perfectamente francés, le pedí si quería ayudarme para traducirme con el resto de las personas que hablaban wolof y serer. Y así lo hizo. Formamos un buen equipo.

Lo siguiente que pude hacer fue explicarle a la madre la importancia de lavarle los ojos con suero todos los días, le dije que podía hacerlo ella misma, previamente habiéndose lavado las manos, que enseñara a su hijo a no rascarse con las manos sucias y que debían lavárselas siempre que viniesen de estar en la tierra, trabajando, etc.

A Omar le explicamos que si me dejaba curarle ya no le volverían a picar los ojos y que podría salir a jugar con todos los niños sin ninguna molestia. Casi convencido, le preguntó a mi traductora si tenía más pompas de jabón. Sonreí e hicimos un pacto. Si durante una semana me dejaba venir todos los días a limpiarle los ojos y ponerle la pomada, jugaríamos a las pompas y le revelaría la fórmula secreta para fabricarlas. Esta vez estábamos totalmente de acuerdo ambos y me regaló su primera sonrisa.

Día tras día durante una semana me acercaba a su casa y cumplíamos nuestro pacto. Los ojos de Omar cada vez brillaban más, las legañas iban desapareciendo. Les llevaba toallas limpias,

jabones, suero y gasas estériles, les enseñaba cómo debían llevar a cabo la higiene corporal, siempre y cuando consiguiéramos agua de los pozos o el agua de sus mangueras lo permitiese.

Cada vez más niños venían a ver el show de las burbujas, me arrepentí de no haber traído más botes de Madrid, así que tuve que fabricar los míos propios. El último día les expliqué que estaría unos días sin poder ir, pues teníamos previstas unas excursiones a unos pueblos pesqueros, eran pequeñas islas donde sólo se podía acceder en piragua. Así que dejé a la madre al cargo del cuidado de los ojos de Omar. Éste ni si quiera se despidió de mí.

La chica traductora me dijo que Omar le había preguntado si íbamos a volver. Y aunque sólo me quedaba una semana más en Senegal, le pedí a la madre que se pasaran por la enfermería para que la doctora pudiera verle.

Pasaron un par de días, mi aventura continuaba pero Omar siempre estaba en mi pensamiento. El viaje se acababa y era una mezcla entre ganas de volver y compromiso por no poder abandonar a toda esa gente. Cuánto habíamos conseguido en tan poco tiempo. Y sobre todo cuántas cosas y vivencias me estaba llevando.

Las excursiones a los diversos pueblos pesqueros fueron un choque tanto cultural como emocional, en pleno mes del ramadán, las mujeres y los hombres trabajaban de sol a sol en las orillas, sin beber ni probar nada. A temperaturas extremas eso resultaba ser una auténtica locura. Pero pescaban para comer, lo que fuera, no tenían nada más que el mar y sus manos.

Llevamos medicinas, leche en polvo, toallas, geles de ducha, sacos de arroz, cuadernos, pinturas para casi todos, sabíamos que era poco. En los viajes de vuelta la gente se aglomeraba en la orilla para decirnos adiós, reían y saludaban agitados, nosotros nos despedíamos y siempre que nos alejábamos un silencio nos acompañaba durante todo el trayecto, de vez en cuando se oían suspiros o alguien se atrevía a animarnos, casi siempre era nuestro guía Ibou, amigo senegalés y uno más del equipo.

Ya de vuelta en Diofior tocaba preparar mi regreso. Dakar – Lisboa – Madrid era el itinerario que me esperaba y todavía no era consciente, ni si quiera, del mes que había vivido.

Aquella mañana quise pasar más tiempo dentro de las clases con los niños que en la enfermería. Todos jugamos, cantamos, comimos chuches, coloreamos e hicimos manualidades. Me hacía gracia cómo pronunciaban mi nombre y cómo siempre terminaban enseñándome sus pequeñas heridas, deseosos de librarles de la clase y regalarles una tirita de dibujos.

Cuando salimos al recreo me dijeron que la doctora me estaba esperando para que la ayudase. Nada más llegar a la enfermería vi a un niño que se escondía tras las piernas de su madre. Se trataba de Omar.

Salió disparado, pero esta vez hacia mí y no huyendo. Me dio un abrazo y eufórico me mostraba sus ojos. Nunca me había fijado en lo grandes que eran ni en sus pestañas largas y rizadas. Eran realmente bonitos. Y brillaban. Todo el esfuerzo que pusimos había merecido la pena. Me dio un beso, por fin, era el primero. Omar estaba nervioso y no paraba de reírse.

Me quedé petrificada, no daba crédito a lo que estaba pasando. Sin poder contener las lágrimas, me acerqué a su madre y le tendí la mano. Ella se arrodilló, llevó mi mano a su frente y no paró de darme las gracias. Me regaló diez mangos que había cargado hasta allí en su cabeza como muestra de agradecimiento. Todos contemplaban la escena y yo no sabía cómo reaccionar.

Lo que hicimos fue preparar un gran bufet de mango para todos los voluntarios y las trabajadoras de la escuela. Omar se fue a jugar con los demás niños del recreo. Ahora él era el rey. Tenía un tubito mágico para hacer pompas de jabón.

Cuando nos despedimos la mamá me volvió a dar las gracias, me deseó suerte en mi camino y deseó que volviera pronto. El pequeño Omar me dio un abrazo y un último beso. Se iba

contento con sus pompas de jabón y un balón nuevo. Quise fijarme una vez más en sus ojos, unos ojos que me recibieron a gritos y me despedían deslumbrantes.

Y aquí termina uno de los recuerdos más bonitos que me llevo de África. A pesar de haber estado comiendo arroz tres veces todos los días, pese a despertarme cada mañana deseando que hubiera agua en las duchas o luz eléctrica por las noches, pese a la cantidad infinita de mosquitos africanos que han probado mi sangre, a pesar de los litros de líquido corporal perdidos por esa humedad extrema, a pesar de tener que revisar mi habitación cada noche por si algún arácnido quería dormir acompañado, a pesar de no poder dormir, de los quebraderos de cabeza por explicarme por qué existe de la pobreza en el mundo y pese a muchos obstáculos más que me he encontrado...

Cada mañana me despertaban sonrisas que decían *"Bonjour l'espagnole"*, con pan recién hecho y mantequilla, cada día me brindaban la oportunidad de ayudar a alguien. Viví con ellos un tiempo de aventuras interiores, de buscarse desesperadamente, de confusión, lleno de dilemas morales, de por qué yo sí y ellos no. De encontrarme miradas que me despertaban el alma y unas heridas que exorcizaban las mías.

Fue un tiempo que hoy me despierta una enorme ternura teñida de nostalgia. Una nostalgia justificada por todo lo que llevo dentro aunque nadie lo vea.

Sus miedos, sus arranques, su confusión, la primera mirada que el pequeño Omar me dedicó y aquella última acompañada de una enorme sonrisa me hacen temblar, hacen que recorra mi cuerpo un escalofrío de añoranza y de emoción.

No sé si finalmente dedicaré parte de mi vida a recorrer cada rincón del continente africano como siempre había soñado. Ni siquiera sé lo que pasará mañana. Pero, desde luego, siempre recordaré mi primera aventura en África, esos colores, esos olores y esos recuerdos llenos de

vida de un viaje fascinante. Nunca me olvidaré de cada detalle y haré de cada lección aprendida una oportunidad para mejorar mi alrededor, el mundo en el que vivo y para mejorarme a mí misma.

Lo único que sé es que hoy, un frío día del mes de noviembre, a kilómetros de allí y en la novena planta de un hospital de Madrid, pienso en ellos. Y he hecho una promesa.

Prometo cuidar y prometo acompañar, no importará un tono de piel u otro, un idioma o una forma de mirar. Prometo creer en los sueños de los demás. Prometo poner toda mi humanidad en cada paso que dé. Prometo ser fiel a mi profesión y prometo poner todo mi empeño en aprender cada día y en conseguir ser la mejor enfermera.

Prometo darle vida a los días de todas las personas que me encuentre en el camino y llenarlos del máximo color posible como África, un día, hizo con los míos.